

dades de la Sagrada Escritura, y si no me he olvidado, fué aquella la principal y primera del Eclesiástico, cap. 32, *Immolantes ex iniquo oblatio est maculata, etc.*; comenzó, digo, á considerar la miseria y servidumbre que padecian aquellas gentes." "Pasados algunos dias en aquesta consideracion, y cada dia mas y mas certificándose por lo que leía cuanto al derecho y via de hecho, aplicando lo uno á lo otro, determinó en sí mismo, convencido de la misma verdad, ser injusto y tiránico cuanto cerca de los indios en estas Indias se cometia."

Hay en la vida momentos decisivos, y sin duda el más importante fué este para Casas. Renunció los repartimientos, las minas y las sementeras; declaró su nuevo sentir á los fieles en el púlpito, y sin pérdida de tiempo comenzó la lucha que habia de sostener toda la vida. El fin que se propuso conseguir fué la libertad de los indios. Los medios, preciso es confesarlo, no eran proporcionados á la magnitud de la empresa, pues al principio se reducian á los recursos de su elocuencia y talentos y al favor que pudieran prestarle los frailes dominicos, especialmente Córdova y Montesinos.<sup>1</sup> Pero Casas no era adorador del dios éxito, y sin esperanza quiso trabajar por cumplir con su deber. Al sondear las dificultades del porvenir, decia: "Yo probaré todas las vias que pudiere, y me pormé á todos los trabajos que se me ofrecerán para alcanzar el fin de lo que he comenzado, y espero que Nuestro Señor me ayudará, y cuando no lo alcance habré hecho lo que debia."

En el órden religioso eran delincuentes los opresores de los indios; pero Casas tentó en vano hacerlos entrar por la persuasion en el carril de la conciencia. Qué, solo porque los frailes decian que no era lícito poseer indios, ¿los habian de soltar, cegando aquel manantial de riqueza, quienes en

<sup>1</sup> Este fraile fué el primero que levantó la voz ante el trono real por la libertad de los indios.

busca de fortuna dejaron su patria y navegaron en mares inciertos? Sin el auxilio de la fuerza no era dable arrancar la presa de sus garras. Era indispensable una legislacion represiva, que acomodándose á las condiciones especiales del Nuevo Mundo, sin estorbar el movimiento de la civilizacion cristiana, enfrenase el orgullo y la codicia de los conquistadores. Dado este primer paso, era necesario todavía que las leyes se trasformasen en hechos reales. Lo primero, aunque imperfectamente, pudo lograr el inmortal Casas; lo segundo, quedó reservado por la Providencia al porvenir.

En honor de los reyes de España se debe decir que se prestaron accesibles á las representaciones de Casas y dóciles á cuantas innovaciones quiso introducir en el gobierno de las Indias. Los dominicos fueron el primer punto en que afirmó la planta para penetrar en la corte. Su amistad con Fr. Pedro de Córdova le proporcionó relacionarse con Matienzo y Deza. Cisneros le dió todo favor. El gran canciller de Carlos V, Juan Selvagio, le tuvo en su privanza. Los demás flamencos que siguieron al mismo emperador, en España, le fueron constantemente adictos, ni dejó de prestarle importantes servicios el cardenal Adriano, despues Pontífice Supremo. Es verdad que por muchos años lo hostilizó el Consejo de Indias, especialmente el presidente Fonseca, obispo de Burgos; mas nunca en la corte prevalecieron sus enemigos. Mil veces disputaron con él los sabios, en medio de numerosas y sábias asambleas; mil otras por vias subterráneas y tortuosas trataron algunos de echar por tierra sus proyectos; mas en vano: su actividad, su atrevido génio, sus audaces respuestas, su elocuencia nerviosa y varonil y los recursos de su fecunda inteligencia, le sacaron victorioso en todas ocasiones. Era sin duda invencible en la corte y en la controversia. Logró, pues, medidas favorables á los indios; mas en América se estrellaron sus esfuerzos contra la codicia de los españoles.

Tan admirable es la persistencia con que siguió su ob-



jeto, como la flexibilidad con que adoptaba nuevos medios, cuando los anteriores habian salido ineficaces. Casas creyó que con sábias leyes y buenos gobernantes tenia remedio bastante la Española. Se pensó encomendar el gobierno de las Indias á personas de incorruptible integridad: se meditó largo tiempo en la eleccion: la prudencia se puso en acecho para impedir un yerro por ligereza ó por descuido: por fin, fueron escogidos tres frailes gerónimos, cuyos antecedentes no daban lugar á la más pequeña desconfianza. Recibieron estos frailes instrucciones convenientes y fueron luego á su destino. Aquí la prevision humana no podia engañarse; y sin embargo, no cumplieron su mision á satisfaccion de Casas. Los gerónimos gobernaron con prudencia, con mucha prudencia, hasta ser condescendientes con los abusos, ponerse en abierta oposicion con Casas y enviar contra él procuradores á la corte.

Cuando aquellos santos varones se habian mostrado débiles, no habia que pensar en sustituirlos con otros que prometieran ménos entereza. El pueblo de la Española era indócil, eludía obedecer las más benéficas leyes reales, encontraba siempre el modo de enervar la accion de los más enérgicos y bien intencionados gobernantes, estaba avezado al pillaje y al asesinato, era incorregible: habia, pues, que abandonarlo. Otro pueblo sencillo y religioso, acostumbrado á la obediencia y al trabajo, un pueblo nuevo de agricultores, que sostenido por el tesoro real, no tuviese al principio necesidad de subsistir por la matanza y el asalto, y que despues con su industria pudiera enriquecerse, implantado en las Antillas, serviría de contrapeso á los malvados, haría innecesario el trabajo forzado de los indios y para aliviar á éstos en las minas, podia permitirse, bajo ciertas condiciones, el comercio de negros esclavos. Sea: que esto último haya sido una inconsecuencia y un yerro de Casas, como él mismo despues ha confesado, pues que igual derecho tenian á su libertad indios y negros;

mas tal inculpable extravío, léjos de aflojar, obliga más la gratitud de los indios. El pensamiento de plantear una colonia de agricultores en América no era imposible, y si algunas dificultades se ofreciesen, ante la fuerza de una irresistible voluntad se desvanecerian. Casas, pues, hizo entrar al rey en sus designios, reunió suficiente número de agricultores laboriosos y cristianos, consiguió prestado el dinero necesario para embarcarlos para América; una causa imprevista los puso en la Española fuera de su vigilancia, y cuando Fr. Bartolomé quiso desarrollar sus pensamientos, encontró que los nuevos colonos se habian dispersado, y que, puestos en contacto con los antiguos pobladores, léjos de aliviar á los infortunados indios, habian aumentado el número de sus opresores.

Despues de este mal suceso, fuera locura pensar en nueva remision de labradores, que sufrirían la perversion y contagio de los anteriores: ningun remedio era, pues, posible para las Antillas, cuya poblacion indígena, por otra parte, habia desaparecido casi por completo. Pero abandonadas éstas á su suerte, en un horizonte no lejano se veian ya las altas cimas de un vasto continente, henchido de indios, que serian pronto asaltados, saqueados y muertos como los isleños. Si la tierra firme siquiera se salvase de aquella impía tala, Casas se creeria retribuido por todas sus fatigas. Si no coronaba gloriosamente su obra, satisfecho quedaria con haberla comenzado. Reunió, pues, algunos honrados labradores, los halagó con la esperanza de futuros honores y provechos, escogió aquella parte de la costa de tierra firme que le pareció á propósito para sus fines; allí asentaria su pacífica colonia, léjos de la peste de aquellos españoles, ninguno de los cuales pisaria su suelo sin su voluntad, so pena de incurrir en gravísimos castigos; allí predicaria el Evangelio sin armas y civilizaria á los indios sin matarlos. A costa, pues, del rey, y con su autorizacion, fletó navíos, y con sus agricultores se dió á la mar. Cuando llegó á la América, el territorio



escogido era teatro de lastimosos desórdenes. Los españoles habían dado asaltos á los indios, y éstos, en represalia, mataban á los españoles. Antes de llegar á tierra firme, Casas fué detenido en las Antillas, y sus compañeros, puestos en contacto con los antiguos habitantes, lo abandonaron y se dieron á saltar indios. Con pocos fieles amigos, venciendo gravísimas dificultades, estableció, sin embargo, su colonia, que á poco fué destruida por los indios.

Los proyectos de Casas fracasaron siempre en imprevistos escollos. ¿Sus cálculos eran inseguros, su mirada incompleta, defectuosa su inteligencia? No: sus empresas sucesivas fueron preparadas con cuanta cautela pudiera exigir la más desconfiada prudencia. Mas, fuera de nuestro entendimiento y con independencia de nuestros deseos, en el órden natural y en el moral, se encadenan acontecimientos que no siempre concurren favoreciendo nuestros designios. La concordancia y casual ó más bien providencial armonía de tales acontecimientos con los proyectos y esperanzas humanas, hace la fortuna del hombre. Casas fué siempre sin ventura en sus empresas. Además, era un hombre solo y débil, que luchaba con un pueblo de malvados que encontraban siempre el modo de frustrar sus combinaciones.

Un escritor moderno ha dicho que, puesta la naturaleza humana, los pensamientos de Casas eran irreducibles á la práctica: este concepto es tan anticristiano como falso. ¿Cómo sin impiedad se podrá decir, que fuese impracticable el único medio señalado por Jesucristo para la propagacion del Evangelio, que es la predicacion pacífica? Esto queria Casas. Ni era imposible librar á los indios de la esclavitud, pues muchos, en efecto, se libraron por sus esfuerzos personales, muchos por las benéficas leyes inspiradas por él, y muchos por la enseñanza y trabajos de los dominicos que quisieron seguir sus vestigios.

Por más que sea muy noble el deseo de honrar á la patria, nunca su defensa se ha de apoyar en la falsedad y el

absurdo. El mismo escritor, para salvar á los españoles del cargo que les resulta por la despoblacion de las Indias, acude á no sé qué ley misteriosa y ciega, en virtud de la cual, puestas en contacto dos razas, la inferior desaparece tanto más rápidamente, cuanto es mayor la superioridad de la otra.<sup>1</sup> Las antiguas naciones de América se despoblaron en la conquista española, no uniformemente y en virtud de una ley ciega, sino á proporcion que los invasores extranjeros eran más inhumanos y crueles. En Oaxaca, donde los filantrópicos esfuerzos de los dominicos triunfaron repetidas veces de los trabajos destructores de los conquistadores, la raza indígena se conservó más vigorosa y desarrollada que en otras partes. Lo más singular es que, para apoyar esta ley, se acude á otra, misteriosa también y ciega, "que consiste en la infecundidad casi absoluta de los mestizos;"<sup>2</sup> ley de cuya existencia no podemos ménos que dudar los que vemos todos los días mestizos prodigiosamente fecundos.

Después del último fracaso, temiendo no estar destinado por Dios para aquella gran obra, Casas se retiró del mundo y profesó en religion. Mas como en fuerza de su persuasion y deber, primero como simple religioso y después con el carácter de obispo, ya como controversista ó como escritor, no cesaba de proclamar la verdad, ni dejaba de ir á su fin, aunque sin servirse de otros recursos que los que ponía en sus manos la religion, tampoco debia esperarse que aflojara la oposicion de sus adversarios. ¡Cuántas dificultades le suscitaron y cuánto odio le consagraron toda su vida! No solo con el fruto de sus rapiñas pagaron procuradores que en la corte lo entorpecieran y difamaran, sino que lo insultaban, lo amenazaban y más de una vez pusieron asechanzas á su existencia. Calumniaban su intencion, calificando

<sup>1</sup> Vida de Casas, por Fabié, pág. 38.

<sup>2</sup> Idem, pág. 72.



sus trabajos como si fuesen operaciones de interes y ambicion, de envidia y otras malas pasiones; lo trataban de visionario, de inquieto, de revoltoso, y para ridiculizarlo y burlarlo, componian epigramas y cantaban canciones ridiculas y ofensivas. Lo llamaban gloton é ignorante<sup>1</sup> y llegaron á decir que era hereje. Los jueces no recibian sus peticiones y los conventos que lo abrigaban se veian privados de todo socorro. En la Española le hicieron sus enemigos una imponente manifestacion de odio, negándose á comunicar con él. En Campeche lo desconocieron sus súbditos. En Ciudad Real, por acuerdo público y decreto en forma, se sancionó negarle la obediencia como obispo. En la Audiencia de los Confines le llamó el presidente "mal hombre, mal obispo, bellaco, y desvergonzado," mandando que fuese arrojado de los estrados como si estuviera demente.

Alguna vez, al volver á su obispado, el pueblo de Ciudad Real se levantó en armas y se municionó como si hubiese de sufrir el asalto de un poderoso ejército. El anciano sacerdote desarmó los cuerpos avanzados y entró en la ciudad; pero en el templo los alcaldes y regidores le hicieron insolentes requerimientos, amenazándole en medio de un tumulto deshecho. Refugiándose el santo obispo en el convento de la Merced, le siguió allá una turba desordenada, cargada de armas y arrebatada de ira, lanzando piedras y gritando amenazas, con tan siniestro aspecto, que el pobre prelado, aunque sin perder su habitual entereza, creyó llegada su hora postrera. Allí los unos insultaban al obispo, en su presencia, miéntras otros, en el patio, golpeaban cruelmente á sus adictos y arrojaban con destemplanza amenazas y gritos. Tal era la confusion que, indignados

<sup>1</sup> Para significar una y otra cosa decian que habia estudiado en Juan Bocacio y que era bachiller por Tejares. Tan falso era este concepto como el de que estaba contaminado con la herejía.

los frailes mercedarios, acudieron ellos tambien á las armas, y á viva fuerza pusieron fuera de su convento aquella canalla.

Más sensible debe haberle sido la oposicion que sufría de parte de algunos obispos y de algunos religiosos. Ya hemos visto que el obispo de Darien vivamente lo zahirió en la corte; el de Guatemala no siempre anduvo acorde con él, y el visitador Tello Sandoval lo reprendió severamente por singularizarse, apartándose de la conducta que observaban los demás obispos. Los mercedarios de Chiapa muchas veces lo contrariaron; pero ninguno tanto como el ingrato dean de su catedral, que segun Remesal, se dejó llevar de su odio hasta tocar el terreno vedado de la calumnia. Los franciscanos tambien lo combatieron, mas tal vez de buena fé, pues léjos de obstinarse, muchos lo favorecieron. Corre impresa una carta, que más bien pudiera llamarse una cruel diatriba contra Fr. Bartolomé, atribuida á Fr. Toribio Benavente, conocido con el nombre de Motolinia, carta que ha dado motivo á un literato español, D. Manuel José Quintana, para hacer apreciaciones muy desfavorables á este religioso benemérito de México.<sup>1</sup> Fabié cree, con buenas razones, que la carta no es de Motolinia.<sup>2</sup>

El más temible de sus adversarios fué sin duda el Dr. Ginés de Sepúlveda, de quien reportó sin embargo una espléndida victoria, teniendo en la disputa por colaborador al famoso teólogo Melchor Cano. Muchos otros se filieron en las banderas contrarias á Las Casas, formando tal número, que se puede afirmar era todo el mundo contra quien solo él com-

<sup>1</sup> La Vida de Casas escrita por Quintana es en su mayor parte un extracto de lo que sobre el mismo Casas dejó escrito Remesal. Tiene aquella obra su mérito propio; el literato español dista mucho, sin embargo, de los talentos del fraile humilde, autor de la "Historia de la Provincia de San Vicente, de Chiapa y Guatemala."

<sup>2</sup> Fabié. Vida de Casas: 1ª parte, pág. 225.



batia, pues sus amigos únicos, siempre fieles é inseparables compañeros, fueron los dominicos. Tan general era el extravío de las ideas, y tan aislado estaba en sus pensamientos Casas, que con razon se le hubiera creído excéntrico, visionario y monomaniático, si hubiera locura en apartarse de un sentir comun insensato para abrazar la verdad y defender la justicia. Aun tienen algunos escritores la debilidad de calificarlo de iluso y de extravagante, injuriando así su memoria digna de respeto. El mismo Fr. Bartolomé estaba sorprendido de la extension y fuerza de aquel grosero engaño, manifestando su admiracion con términos expresivos aun en la hora de la muerte. En una cláusula de su testamento se leen estas notables palabras: "La ceguedad que Dios por nuestros pecados ha permitido en grandes y chicos, y mayormente en los que se creen é tienen nombre de discretos y sabios y presumen de mandar el mundo, por los pecados de ellos y generalmente de toda ella (España), aun está, digo, esta oscuridad de los entendimientos tan reciente, que desde setenta años que ha que se comenzaron á escandalizar, robar é matar y extirpar aquellas naciones no se haya hasta hoy advertido que tantos escándalos é infamias de nuestra santa fé, tantos robos, tantas injusticias, tantos estragos, tantas matanzas, tantos cautiverios, tantas usurpaciones de estados é señoríos ajenos, y, finalmente, tan universales asolaciones é despoblaciones hayan sido pecados y grandísimas injusticias."

Pero en medio de su vida agitada y azarosa y de aquella sucesion no interrumpida de proyectos, disputas, viajes, decepciones, adversidades y esperanzas, Casas salvó á muchos indios de la muerte y del saqueo, les proporcionó numerosos y activos defensores, comunicó á varios su generoso celo, marcó á los obispos el camino que deberian seguir; en México hizo que se adoptase y sancionase su doctrina como ley de las conciencias, y en España preparó los ánimos, templó las opiniones, y uniformó el sentir del

rey, de la corte y de los sabios, de modo que más adelante, sin oposicion y al parecer sin esfuerzo, pero bajo la influencia de la doctrina de Las Casas, llegó á formarse con leyes sucesivas un código, modelo de humanidad, de sabiduría y moderacion. Si ese código es para España un título de honor, la parte principal de la gloria pertenece á Casas. Esa legislacion prudente libró de una total ruina á las naciones de América, y á los indios de llevar marcada la frente con el sello infamante de la esclavitud. A Fr. Bartolomé debe la América reconocer tan insigne beneficio.

## V

La primera señal de gratitud que sabemos haya dado la América á su insigne bienhechor, es el monumento erigido en esta capital á Cristóbal Colon, en el que, con las de otros personajes, se ve la estatua de Fr. Bartolomé de las Casas. Habiendo sido hace poco descrito é historiado este monumento por el Sr. D. Luis García Pimentel, nos limitaremos á decir que fué concebido y costeadado por el Sr. D. Antonio Escandon; que las cuatro figuras agrupadas en torno del almirante genovés, se deben á la inspiracion del Sr. Lic. D. Alejandro Arango; y que la ciudad, tomando parte en su inauguracion solemne y haciéndolo suyo por la aceptacion que de él hizo su muy ilustre ayuntamiento, convirtió en público y permanente testimonio de gratitud, lo que por su origen solo era recuerdo de privada admiracion. Al lado de Colon es digno de figurar aquel sabio monje que comprendió y afirmó sus pensamientos, Fr. Juan Perez de Marchena. Pero ¿qué tendria la América que agradecer á Cristóbal Colon, si se hubiera determinado á surcar desconocidos mares solo para llevar á nuevos mundos la muerte y la esclavitud? Preferible hubiera sido entónces que la



navegacion trasatlántica hubiese quedado como un proyecto perdido entre las disputas de los sabios y las desconfianzas de los poderosos. En el inmenso océano abrió la Providencia sendas ignoradas hasta entónces, no precisamente para enriquecer á Europa, sino para alumbrar con la civilizacion cristiana á la América. Los grandes acontecimientos que encadena la sucesion de los tiempos, resultan de la accion combinada de la libertad humana y de la Providencia divina. Las Casas, en el descubrimiento del Nuevo Mundo, fué el representante de la Providencia. Motolinia con sus trabajos personales y su celo, mereció bien de los indios y es acreedor á que México le consagre un recuerdo. Deza, como protector de todos, tiene un lugar en el monumento de Colon. Pero Fr. Bartolomé de las Casas, que con iguales miras buscó un punto más elevado y una causa más universal; Fr. Bartolomé de Las Casas, por la grandeza de sus pensamientos y la fuerza de su génio, capaz de acometer lo imposible, bien merecia solo una estatua levantada á la misma altura de la de Cristóbal Colon.

---

## APÉNDICE SEGUNDO

---

### LA SANTA CRUZ DE HUATULCO

---

CURIOSAS é interesantes son en verdad las noticias que algunos escritores de nuestras antigüedades nos han transmitido del origen, milagros y culto de esta Cruz. Se encuentran en las siguientes obras que tuve á la vista en Abril de 1872 para formar la sucinta relacion con que en 22 del mismo mes y año obsequié al Sr. Lic. D. José Javier Cervantes, que con motivo de haber obtenido un grande fragmento de la misma Cruz, deseaba saber su origen, y que hoy, con algunas variaciones, sale á la luz pública como apéndice á esta Historia de Oaxaca, porque su bondadoso autor así lo ha querido.

“Tercera parte de los veinte y un Libros Rituales y Monarchia Indiana.” Compuesta por Fr. Juan de Torquemada. Primera edicion, hecha en Sevilla por Matías Clavijo en 1615. Lib. 16, cap. 28.